

LA TIA SAUVAGE

La tía Sauvage

I

A Jorge Pouchet.

Hacia por lo menos quince años que no había estado en Virelogne. Volví un otoño para cazar con mi amigo Serval que reedificara por fin la quinta que le quemaron los prusianos.

Gustábame mucho aquel país. Hay en el mundo rincones que parecen tener un encanto sensual para los ojos. Se les quiere con amor físico. Aquellos á quienes la tierra enamora, guardamos tiernos recuerdos de ciertas fuentes, de ciertos bosques y estanques y colinas vistos repetidas veces y que nos han conmovido como los acontecimientos dicho-

sos. Algunas veces el pensamiento recuerda un rincón de bosque, un lugar de las márgenes de un río, un prado esmaltado de flores, aun cuando se vieran una sola vez, en un fausto día, y que se graban en la imaginación como la imagen de esas mujeres vistas una mañana de primavera, vestidas con un traje claro y transparente, que dejan en el alma y en la carne un deseo inolvidable, no cumplido, la sensación de la dicha que pasa al alcance de nuestra mano.

De Virelogne me gustaba toda la campiña, sembrada de bosquesillos y surcada por riachuelos que corrían como venas por el suelo llevando la sangre á la tierra. En ellos se pescaban cangrejos, truchas y anguilas. ¡Dicha inefable! En algunos puntos era posible bañarse y entre la hierba alta de las márgenes se cazaba la becada.

—Andaba yo ligero como una cabra viendo como husmeaban mis dos perros. Serval, á unos cien metros á la derecha, escudriñaba un campo de alfalfa. Al llegar á los matorrales que sirven de límite al bosque de Saudres vi una cabaña arruinada.

De súbito la recordé tal como la viera por última vez en 1869, limpia, cubierta por una parra, y con unas gallinas que picoteaban cerca de la puerta.

¿Hay algo más triste que el esqueleto de una casa, escueto, de pie, siniestro?

Recordé que una buena mujer me había dado á beber un vaso de vino en aquella casita, un día en que estaba muy cansado y que Serval me explicara entonces la historia de sus habitantes. A su padre, empedernido cazador furtivo, le mataron los gendarmes. Su hijo, un mozo alto y amojamado, pasaba también por un gran destructor de caza. Le llamaban los Sauvage.

¿Era un apellido ó un mote?

Llamé á Serval. Llegó dando grandes zancadas, como de costumbre.

Le pregunté:

—¿Qué ha sido de esas gentes?

Y me contó lo que sigue.

II

Cuando estalló la guerra el hijo de la Sauvage, que tenía treinta y tres años, se alistó, dejando sola á su madre. Nadie compadecía con exceso á la vieja porque se decía que tenía dinero.

Quedó, pues, sola en aquella casa aislada, lejos del pueblo, junto al bosque. Pero no tenía miedo porque era de la misma raza que su marido é hijo, alta y flaca, seria y ruda para los bromistas. Bien es verdad que las campesinas rien poco. Eso queda para los hombres. Tienen el alma triste y dolorida á causa de su existencia sombría y monótona. El labriego ríe ruidosamente en la taberna; pero su compañera tiene siempre una fisonomía seria y severa. Los músculos de su cara no han aprendido los movimientos de la risa.

La tía Sauvage continuó su existencia ordinaria en su cabaña, que muy pronto cubrieron las nieves. Cada semana acudía al pueblo para comprar pan y carne y después tornaba á su zahurda. Como se hablaba de lobos, salía con el fusil al hombro, el fusil de su hijo, comido por la herrumbre y con la culata gastada por el roce de la mano; y tenía la tía Sauvage un aspecto extraño, andando á grandes zancadas, un poco encorvada, por sobre la nieve, con el cañón del arma que sobresalía junto á la negra cofia que le apretaba la cabeza y aprisionaba sus cabellos blancos, que nadie viera nunca.

Un día llegaron los prusianos, á quienes se alojó según la fortuna de los vecinos. A la vieja, que tenía fama de rica, le tocaron cuatro.

Eran cuatro mocetones de tez blanca y barba rubia, con los ojos azules, que aun estaban rollizos á pesar de las fatigas soportadas, y buenos muchachos aun cuando estuvieran en país conquistado. Se mostraron deferentes con aquella mujer vieja y sola y procuraban ahorrarla fatigas y gastos. Por la mañana se les veía en torno del pozo, en mangas de camisa, lavándose, á pesar de la nieve, su blanca piel de hombres del Norte, mientras la tía Sauvage andaba de aquí para allá, preparando la sopa.

Luego limpiaban la cocina, fregaban los suelos, partían leña, pelaban patatas, lavaban la ropa blanca y hacían todas las faenas de la casa como cuatro buenos hijos en torno de su madre.

Pero la vieja pensaba en el suyo, en el mocetón alto y nervioso, de nariz aguileña, de ojos pardos y negro y espeso bigote. Todos los días preguntaba á los soldados instalados en su hogar:

—¿Saben ustedes dónde está el regimiento veintitrés de marcha? Allí tengo á mi hijo.

Ellos contestaban: «No, no lo sabemos.» Y comprendiendo su pesar y sus inquietudes, pues ellos también tenían madres que les esperaban, la colmaban de atenciones. Ella, por su parte, quería á sus cuatro enemigos, porque los labriegos no tienen odios patrióticos, que se reservan para las clases superiores. Los humildes, los que pagan más porque son pobres y sobre quienes recaen todas las nuevas cargas; aquellos á quienes se mata en masa, que son la verdadera carne de cañón y que sufren más cruelmente las miserias de la guerra, porque son los más débiles y los menos resistentes, no comprenden poco ni mucho los ardores belicosos, el pundonor y las pretendidas combinaciones políticas que agotan en seis meses á dos naciones, así á la vencedora como á la vencida.

En la comarca, hablando de la tía Sauvage y de los cuatro alemanes, decían:

—Esos sí que han hallado una ganga.

Una mañana, mientras la vieja estaba sola en la casa, vió venir desde lejos, á través de la llanura, un hombre que se dirigía hacia su vivienda. Pronto le reconoció: era el cartero. Le entregó un papel doblado, y, después de ponerse los espejuelos que le servían para coser, leyó:

«Señora Sauvage: la presente sirve para darle una mala noticia. Su hijo Víctor fué muerto ayer por una granada que casi le partió en dos. Yo estaba á su lado y hablábamos de usted, diciéndome él que la avisara si le ocurría una desgracia.

»Le he cogido el reloj para dárselo á usted cuando acabe la guerra.

»La saludo respetuosamente.

»CESÁREO RIVOT,

»Soldado de 2.ª clase del 23.º de marcha.»

La carta estaba fechada de tres semanas antes. La vieja permanecía inmóvil, tan sobrecogida y absorta que aun no padecía. Pensaba: «Bueno, ya

han matado á Víctor.» Luego, poco á poco, asomáronle las lágrimas á los ojos y el dolor penetró en su corazón. Las ideas se le presentaban una á una dolorosas, desconsoladoras. ¡Ya no podría besar más á su hijo, jamás! Los gendarmes habían matado al padre, los prusianos al hijo... Una bala le partió en dos mitades. Parecíale que veía el cuadro, un cuadro horrible: la cabeza caía con los ojos dilatados, mordisqueando la boca su negro bigote como hacía al encolerizarse.

¿Qué habían hecho de su cuerpo luego? ¡Si por lo menos le hubiesen devuelto á su hijo, como le devolvieron su esposo con un balazo en mitad de la frente!

Oyó ruido de voces. Eran los prusianos que volvían de la aldea. Ocultó la carta en el bolsillo y les recibió con su aspecto acostumbrado, pues tuvo tiempo de enjugarse los ojos.

Los cuatro llegaban muy contentos, riendo, pues traían un hermoso conejo, robado sin duda, y hacían señas á la vieja de que iban á comer algo bueno.

Ella empezó en seguida los preparativos para el almuerzo; pero cuando fué preciso matar al conejo, le faltó ánimo para ello. ¡No era el primero, sin embargo! Un soldado lo desnucó de un puñetazo.

Una vez muerto el animal hizo salir el cuerpo sangriento de la piel; pero la vista de la sangre que tocaba, que le enrojecía las manos, de la sangre tibia que sentía enfriar, coagularse, la hacía estremecer de pies á cabeza; y de continuo veía á su hijo partido por mitad del cuerpo y sangriento también como aquel animal aun palpitante.

Se sentó á la mesa con los prusianos, pero no pudo probar bocado. Ellos se zamparon el conejo sin cuidarse de la vieja. Esta les miraba de soslayo, madurando un proyecto, con tan impasible rostro que nada advirtieron.

De pronto dijo:

—Hace ya un mes que estáis conmigo y no sé si quiera cómo os llamáis.

Comprendieron con trabajo lo que deseaba y le dijeron sus nombres. Aquello no le bastaba; se los hizo escribir en un papel con la dirección de sus familias y calándose de nuevo los anteojos miró aquella escritura rara, después dobló el papel y lo guardó en el bolsillo junto á la carta que le notificaba la muerte de su hijo.

Cuando acabó la comida, dijo á los soldados:

—Voy á trabajar para vosotros.

Y subió grandes brazadas de heno al granero donde dormían.

Aquello les extrañó; pero al decirles que así tendrían menos frío, la ayudaron. Amontonaban el heno hasta la techumbre de paja y formaron un cuarto cuadrado con paredes de hierba, caliente y perfumado, donde dormirían tan á gusto.

A la hora de la comida les extrañó que la tía Sauvage no comiera tampoco. Ella dijo que sentía calambres y después encendió un buen fuego para calentarse mientras los alemanes subían á su habitación por la escalera de que se servían todas las noches.

Cuando la trampa se hubo cerrado, la vieja quitó la escalera, luego abrió sin ruido la puerta exterior y volvió á buscar haces de paja con los que llenó la cocina. Iba descalza por la nieve, tan despacito que no hacía ni chispa de ruido. De cuando en cuando escuchaba los ronquidos sonoros y desiguales de los soldados dormidos.

Cuando juzgó suficientes los preparativos echó al fuego uno de los haces y cuando ardió lo esparció sobre los otros. Luego salió y miró.

Una claridad deslumbradora iluminó en algunos segundos el interior de la cabaña, después se convirtió aquel resplandor en una hoguera gigantesca, en un horno espantoso, cuya luz brotaba por la

ventana proyectando un rayo deslumbrador en la nieve.

Luego se oyó un alto clamor que partía de la cabaña, gritos desgarradores, llamamientos desesperados de angustia y espanto. Luego, hundíendose la trampa, un torbellino de llamas se lanzó al granero, rompió la techumbre de paja, subió al cielo como la llama de una antorcha desmesurada y toda la cabaña ardió.

Dentro sólo se oía el crepitar del incendio, el crujir de las paredes, el caer de las vigas. De pronto se hundió la techumbre y el esqueleto de la vivienda lanzó al aire, entre una nube de humo, un penacho de chispas.

La campiña, nevada, relucía como una sábana de plata teñida de rojo.

A lo lejos las campanas tocaron á fuego.

La vieja Sauvage estaba de pie, ante su casa destruida, empuñando el fusil, el fusil de su hijo, por temor á que escapara alguno de los soldados.

Cuando vió que todo había terminado, lanzó el arma á la hoguera. Sonó una detonación.

Llegaban gentes, labriegos, prusianos.

Hallaron á la vieja sentada en un tronco de árbol, tranquila y satisfecha.

Un oficial alemán que hablaba el francés como un hijo de Francia, le preguntó:

—¿Dónde están sus alojados?

Alargó su brazo descarnado hacia la hoguera que se extinguía y respondió con voz recia:

—¡Ahí dentro!

Todos la rodeaban. El prusiano preguntó:

—¿Cómo ha prendido el fuego?

Ella contestó:

—Yo lo he pegado.

No la creían; pensaban que el impensado desastre la enloqueciera. Como todos la rodeaban y escuchaban explicó de cabo á rabo el drama, sin olvidar un detalle, desde que recibiera la carta hasta el postrer grito de los hombres abrasados dentro de su casa. No olvidó nada de lo que hiciera y sintiera.

Cuando acabó sacó del bolsillo los dos papeles, y para distinguirlos á la luz de las últimas llamaradas se puso los anteojos y dijo mostrando uno: «Este es la muerte de Víctor»; y añadió enseñando el otro y designando el montón de humeantes ruinas con un movimiento de cabeza: «Este es para que escriban á sus casas.» Y alargó tranquilamente el papel al oficial que la sujetaba por los hombros, y añadió:

—Escriba usted cómo ha ocurrido y dirá usted á sus padres que yo soy quién lo ha hecho. ¡Victoria Simón, la Sauvage! No lo olvide.

El oficial daba órdenes en alemán. La cogieron, la echaron contra las paredes aun calientes de su casa. Luego doce hombres se alinearon vivamente ante ella, á veinte metros. No se movía. Había comprendido; esperaba.

Resonó una orden seguida de una detonación. Un disparo retrasado resonó aislado.

La vieja no se desplomó. Cayó despacio como si le hubiesen segado las piernas.

El oficial se le acercó. Estaba casi partida en dos mitades y oprimfa aun la carta en la mano ensangrentada.

Mi amigo Serval añadió:

—Por represalias los alemanes destruyeron mi quinta.

Yo pensaba en las madres de los cuatro buenos muchachos que perecieron abrasados allí dentro, y en el heroísmo atroz de aquella otra madre fusilada junto á la pared.

Y recogí una piedrecilla, aun ennegrecida por la acción del fuego.

UNA NOCHE